

Taj Mahal

Yo era un niño problemático y cuando las enfermedades crónicas de mi madre hicieron imposible que ella se siguiera ocupando de mí, no dudó en juntar mis cosas y mandarme a vivir con su des-carriado padre, el director de cine Anton Pavlak.

Ciertos amigos han dicho, en plan de broma, que fue su oportunidad de castigarnos a ambos. Y cuando le cuento a la gente que me mandó a vivir con Pavlak en pleno apogeo de su periodo hollywoodense y nombro a algunas de las actrices que no era extraño que protagonizaran cualquiera de los desayunos que compartíamos en su casa, se quedan mirándome como si acabara de decir que mi madre solía mandarme a jugar con tigres y leones.

Estas visitas circunstanciales a la casa de mi abuelo transcurrieron desde mis diez hasta mis casi quince años. Y fueron definitivamente una experiencia reveladora para un niño acos-tumbrado a la atmósfera de un cuarto de enfermo y su quietud solitaria. Incluso ahora encuentro difícil de creer que mi triste y enfermiza madre fuera hija de Anton, y que Anton hubiera estado alguna vez casado con mi abuela, una anciana terrorífica con acento marcado, vestida de negro de pies a cabeza y que, rondando como un buitre por la cocina de mi madre, aparece solo en mis recuerdos más antiguos.

Mi abuela había formado parte de otra de las vidas de Anton, en otro tiempo y en otro continente, un lejano pasado en el que los dos habían logrado huir de la tormenta que se ceñía sobre

Europa al tiempo que acarreaban con ellos a su pequeña hija, mi madre. El Anton que yo conocí era, de hecho, una figura taciturna y compleja, pero cuya vida transcurría bajo el brillante sol de California y en el centro de un continuo remolino de actividades, flores y colores.

En la casa de Anton pude presenciar peleas, lágrimas, romances, escándalos y reconciliaciones salvajes. Corrían épocas tumultuosas para el apretado grupo de amigos que servían como instrumento para recrear en filmico las oscuras visiones de mi abuelo con toda su implícita violencia.

Él podía llegar a ser un tirano y era definitivamente un mujeriego. Como afirman sus detractores, tenía un carácter cambiante y era caprichoso y malhumorado, pero aunque pasaba largas e intensas horas trabajando, y si bien la diaria tarea de supervisar que yo fuera alimentado y vestido recaía casi siempre en el personal de su casa, conmigo siempre fue muy cariñoso.

Fueran cuales fueren las intenciones de mi madre, mis días en la peculiar casa de mi abuelo se encuentran entre los más luminosos de mi vida. Y en las noches en que no puedo dormir y me siento a mirar viejas películas en el televisor, los rostros de deidades como Zoe Sills y Duncan MacGregor sobrevuelan el aire a mi alrededor y se me presentan como cariñosos ángeles guardianes.

Los conocí allí, en la casa de mi abuelo: Zoe Sills, Duncan MacGregor, Evangeline Feld, Peter Lofgren, Coral Durance, Greta Seifert, Roman Karsk, Pansy Resnik, Tara Foley, Luther Kaminsky y Austin Arles. A todos ellos y a tantos otros. Eran divertidos y autoindulgentes y, probablemente porque pasaban la mayor parte de su tiempo, como los niños, jugando a ser algo que no eran, para un niño como yo no representaban más que puro entretenimiento, aun plagados como estaban de los hábitos autodestructivos y narcisistas por los que son famosos los actores.

Ahora, incluso los más jóvenes de la camada ya son viejos, o por lo menos los que quedan. Mi abuelo falleció hace décadas. Evangeline, Pete, Tara y Zoe partieron también hace mucho, y el resto se desvanece poco a poco. Pero yo todavía pienso en los pequeños gestos de amabilidad que aquellos amigos de mi abuelo le dedicaron al niño solitario que alguna vez fui, y todavía hoy, tantos años después, deseo que hubiera alguna manera de retribuirselos.

De hecho, este intento de evocar a mi abuelo y a sus amigos, de registrar estos íntimos destellos de sus vidas, tienen su origen en una vieja deuda con Pansy, quien me encontró llorando un día en que me rasguñé una rodilla. Fue ella quien me llevó a su casa y, aun cuando yo podía percibir su aliento a alcohol, con mucho cuidado y suavidad me limpió la herida y la cubrió con un apósito. Después, alegremente, devoramos juntos un tarro de helado de menta.

El recuerdo me tomó por sorpresa no hace mucho, cuando asistí a una fiesta de Navidad donde sirvieron helado de menta, y en ese mismo momento decidí averiguar qué había sido de su vida. Después de no pocos esfuerzos pude rastrear a Pansy hasta un ruinoso bloque de pisos donde pasaba sus días en el más completo estado de abandono, viviendo en un estudio con un hornillo mínimo en el que se preparaba las comidas. Y aunque pareció confundirme con alguien más, Pansy se aferró a mi mano y un velo de lágrimas cubrió sus viejos ojos, como si, por un momento, algún recuerdo lejano disipara con sus rayos las neblinosas profundidades de su mente.

¿Qué hacer con toda esta mierda? Nada, qué se va a hacer, nada. Pero así y todo, aquellos que quedan y que por casualidad resultan estar en

Nueva York —Duncan, Coral, Roman y Luther— se han reunido en el ruidoso bar del restaurante preferido de Roman, en este cristalino día de otoño. Han invitado también a Emma, aunque si no fuera por estas pretendidas memorias, los viejos amigos de su madre sin ninguna duda ya se hubieran olvidado por completo de ella. Incluso en el libro, su existencia se reduce solo a las páginas 48, 49 y 316.

“Pero es que se metió *a la fuerza* en la historia”, dice Luther con la mandíbula temblando de indignación. “Clement Rouse, ¿quién es este presunto nieto de Anton? Sea quien sea, esta no es *su* historia. Se metió *a la fuerza* en ella”.

“Es una verdadera lástima que su madre no lo *haya mandado* a jugar con tigres y leones”, dice Coral mientras el camarero, con una floritura que sugiere que él mismo la ha fabricado directamente a partir del aire, les señala su mesa.

Roman, ahora hecho de puras cejas hirsutas, resopla. “Para ser exactos, esta *es* su historia, la historia de Clement Rouse, la historia de alguien que cree que merecía juntarse con cierta gente, gente que solo se juntaba con su abuelo...”.

“Y yo merecía juntarme con William Shakespeare”, dice Luther. “A lo mejor es eso lo que debería hacer, ponerme a escribir un libro tratando de capturar los íntimos destellos de la vida de William *Shakespeare*. Por Dios. ‘*Luther Kaminsky y Austin Arles, Luther Kaminsky y Austin Arles!*’. A lo largo de todo el maldito libro, siempre ‘Luther y Austin’, ‘Luther y Austin’. ¿Y qué pasa con Luther y *Greta*? ¡Por favor!”.

“Greta era una mujer maravillosa”, dice Duncan. “Que en paz descanse”, murmura mientras le palmea el brazo a Luther.

Todavía ni siquiera se han sentado, se chocan unos con otros alrededor de la mesa tratando de besar y abrazar a Emma, la última en llegar. “Es completamente indignante”, está diciendo Luther. “Es como algo *griego*. ¡Está asesinando a su abuelo muerto! *Esta* es la manera en que la gente va a recordar *la vida* de Anton. Esta es la manera en que la gente nos va a recordar *a nosotros*”.

Roman resopla de nuevo. “Bueno, en primer lugar, uno no puede recordar la vida de otra persona”.

“Yo no puedo recordar ni siquiera mi propia vida”, dice Coral y, antes de besarla en ambas mejillas, toma entre sus manos la cara de Emma y la inspecciona con sus brillantes ojos de pájaro. “Hola, pollito mío”, dice con su familiar voz de *whisky*. “Pero, ¡por favor! ¿Dónde fue que ocurrió toda esa vida supuestamente orgiástica y salvaje que se supone que teníamos?” le dice después a la mesa en general al tiempo que se sienta. “¿En qué líos os andabais metiendo ustedes mientras yo trabajaba?”.

Todas estas personas son casi extraños para Emma. Se ven extremadamente atildados, como si los años los hubieran enjuagado hasta dejarlos por completo limpios. La última vez que los vio fue hace más de dos décadas, en el funeral de su madre. Y antes de eso rara vez los veía, a ellos y a su madre. Pero es normal que se hayan tomado el trabajo de rastrear a la custodia viviente de los genes de Zoe: ella es, al fin y al cabo, una voz más para acrecentar su pequeño coro de lamentaciones. Resistentes como es evidente que son, estos viejos amigos de Zoe no tienen manera de competir con sus propios caricaturescos simulacros, tan reducidos y banales como el autor del libro los despliega página tras página: Pansy es *dulce pero está gagá*, Duncan es *apuesto pero soso*, Zoe es *guapa pero veleidosa*, Anton es *brillante pero frío*, Roman es *talentoso pero vago*, Luther es un *tonto pretencioso*, y así capítulo tras capítulo cada uno de ellos etiquetado, clasificado y arrojado al cubo de basura.

En verdad, ellos resultan ser virtuosos de lo versátil y sus diversos personajes no adhieren ni siquiera a las regulaciones normales de la cronología. Entre reposiciones, sesiones de cine nocturnas, pequeños festivales, pelucas y disfraces, cualquiera puede aparecer en cualquier momento, ahora al norte, ahora al sur, ahora al este, ahora al oeste, ahora un traficante de armas, ahora un médico, ahora al mando de la nave espacial, ahora entrenando un caballo de carrera, ahora

cruzando a grandes zancadas la sede de una corporación, ahora dando tumbos en una taberna...

Esta escena alrededor de una mesa también podría perfectamente ser parte de una película, una película a la que Emma ha sido sumada por error. Todos parecen asumir que ella tiene un rol en esta película, pero en realidad es una historia sobre cosas que le sucedieron a otra gente, hace mucho, mucho tiempo.

"Ah, por fin, café", suspira Emma con satisfacción. "No está mal, ¿eh?", dice Roman. "Siempre dije que este era un lugar totalmente confiable".

Aunque Emma es por décadas la más joven de la mesa, es en ella en quien el tiempo ha dejado su marca indeleble. De pronto, toma conciencia de cómo se debe ver para los amigos de su madre: *¡La hija de Zoe!* ¡Imposible! Mucho más alta que Zoe, arrugas en el ceño y en las mejillas, el pelo gris, severo, cortado justo sobre los hombros, tan diferente de los rizos amarillos de Zoe, y –además– completamente viva, a la edad exacta en que Zoe murió.

Como si hubiera cometido una tonta indiscreción pueril, una sombra se desliza sobre su corazón y, por un momento, vuelve a visitar a su madre en California; está de pie frente a la puerta corredera de cristal y trata de no ponerse a llorar ante la vista de la inmensa y desolada noche; en lugar de nacer, el sol se pone sobre el océano –el otro océano, el océano equivocado– mientras el ir y venir de las olas limpia y lava en su balanceo las astillas del ruido a fiesta que llegan flotando desde el interior de la casa.

"Emma". Una mano cálida se cierne en torno a ella y, a través de todos esos largos años, la convoca de regreso al restaurante. Duncan la mira con ojos llenos de ternura. Le da una palmadita en la mano: aquí estamos, cariño, aquí estamos. Querido Duncan, el amante de su madre.

"¡Todos estos turistas!", dice Coral, y es cierto, la gente alrededor se emborracha a base de cócteles típicos de cualquier *brunch* o desayuno

tardío, pero impostando un cierto abandono tentativo, optimista, como si quisieran emular un ritual nativo.

Y el ritual debe estar funcionando: ¡un selecto grupo de dioses menores se ha encarnado frente a ellos! Las sonrisas se contagian de mesa en mesa y algunos sacan sus teléfonos. ¡Ahí está el narcotraficante disléxico de *Toxins!* ¡Y ahí está Phil, de todas esas temporadas de *Flamingo Park!* ¿Y no es esa Coral Whosis, que hace siempre de enfermera en esas películas de clase B y es la voz de la zanahoria en *Vegetable Farm?* Pero, esperen, un momento por favor, los colores no son del todo los correctos; es como si estas apariciones estuvieran... *deseñidas*... ¿Es que acaso son meras proyecciones?, ¿impostores?, ¿fantasmagorías?

“No entiendo qué pasa”, dice Roman. “Usualmente a este restaurante viene gente de lo más civilizada. Debe haber salido mencionado en alguna revista o algo”.

“No recuerdo que Pansy bebiera mucho”, le dice Luther a Duncan. “Y su memoria funciona sin problemas. Cené con ella el mes pasado y estaba de lo más bien”.

“¿De verdad vive en un estudio y se cocina en un hornillo?”, dice Duncan. “Si no lo veo, no lo creo”.

“Bueno, no es lo que se dice un palacio”, dice Luther. “Pero está bien, es un lugar acogedor. Y ella *jamás* cocina. *Odia* cocinar”.

“Ahora en serio, ¿alguien se acuerda de este nieto de Anton?”, pregunta Coral. “Me refiero a ‘*peleas*’, ¡por favor! Como mucho, alguna vez alguien pataleó y se quejó un poco, pero ¿*peleas*? Clement Rouse, Clement Rouse... ¿alguien se acuerda de él?”.

“Le falla un poco la vista, pobre, nada más que eso”, Luther le dice a Duncan.

“¿Me pasarías su número?”, dice Duncan. “Me gustaría llamarla”.

“¿Fuimos alguna vez... cómo es que nos llama, ‘*un apretado grupo de amigos*’? ¿Qué piensas?”, le pregunta Coral a Roman. “¿Éramos eso?”.

“Es una muy buena pregunta”, dice Roman. “¿Éramos un apretado grupo de amigos? ¿Éramos un grupo? ¿Éramos amigos? ¿Alguna vez nos caímos bien?”

“Bueno, *yo te caía bien*”, dice Coral con una sonrisa pícara, y sus voces se quiebran en unas carcajadas que casi los dejan sin aire.

Un niño pequeño, vestido con un traje, de pie como un centinela junto a la puerta de calle de la casa de Anton, mirando a Emma. Emma se baja de su bicicleta y le devuelve la mirada. El niño se mete un dedo en la nariz, como si ella no pudiera verlo, y entonces Emma da media vuelta con la bici y se aleja.

No puede ser muy certero, este recuerdo. ¿Un traje? ¿Como si un nene de diez años estuviera a punto de participar en un panel de escritores?

Ahí está. Ahora el niño lleva puestos unos pantalones cortos, mucho más creíble. Es horrible verle las rodillas llenas de costras.

Qué abominable es este libro —lleno de sentimentalismo barato, disimuladamente agresivo, ostentosamente moralizador—, un culebrón morboso rebosante de insinuaciones poco sutiles y tímidas calumnias que se hacen pasar por homenaje cariñoso. ¿Pero qué se supone que deben hacer? ¿Ignorarlo?

¡Puras invenciones y chismorreos! ¿Acaso los entrevistaron a ellos alguna vez? ¿Intentaron llamarlos aunque sea? ¡No!

“Bueno, en realidad trató de ponerse en contacto conmigo a través de mi agente”, dice Duncan. “Me avergüenza decir que no le presté la menor atención, no reconocí el apellido”.

Y entonces, ¿cuáles fueron las fuentes del autor? Los recuerdos escasos de un chico aburrido y apenas ingenioso, recuerdos distorsionados por fantasías autoindulgentes y, en retrospectiva, mechados con entrevistas chapuceras, mentiras de revistas del corazón y, no cabe duda, con cualquier biografía o memoria hollywoodense, hasta la última coma tan poco creíble como la suya propia.

Incluso para Emma el libro es terriblemente perturbador. Zoe no es ni de cerca la protagonista, pero revolotea bastante entre las páginas, aparece por aquí y por allá, y durante días Emma se ha visto agobiada por la sensación de que alguien la ha estado mirando y ha apuntado sobre ella como apuntaría un francotirador, alguien la ha espiado desde la clandestinidad, mientras ella se dedicaba solo a vivir su vida.

Por supuesto, no es precisamente su propia vida, pero incluso por eso es todavía más aterrador. No solo alguien la ha estado mirando, sino que además las sucias manos de alguien se han estado entrometiendo profundo en sus cimientos, retocando, reorganizando todo.

“¿Cuál es el gran problema?”, está diciendo Roman. “No es más que otro libro idiota escrito por un idiota”.

Los demás, distraídos, murmuran que sí, que es cierto, y siguen pensando en vaya uno a saber qué: las cosas horribles que Rouse dice sobre ellos, sus afirmaciones ridículas, las cosas poco decorosas que han hecho de las que nadie tiene idea...

Todo esto realmente los ha conmocionado. Esta mañana, al despertar, amontonándose en el cerebro de Emma no había más que trapos viejos y la estopa de haber trasnochado: una cantidad de alcohol para la que ya definitivamente no tiene edad, un encuentro de lo más inoportuno, sueños demasiado vívidos, demasiado mortificantes... y la inminente cita con los viejos amigos de Zoe. Ha mirado el reloj, casi mediodía. No podía ser cierto. La piel le dolía como si la hubieran embolsado y dejado caer en la parte trasera de una camioneta que avanzaba a trompicones sobre un camino lleno de baches. Se ha

arrastrado afuera de la cama. Bajo sus pies ha podido sentir el vibrar de las moléculas del suelo.

Se terminó, caso cerrado, ha dicho en voz alta. *Se terminó, caso cerrado*, ha gritado.

De verdad, ¿no era esa la cuestión con el pasado? La cuestión con el pasado es que es inamovible.

“¿Cómo está tu querido padre?”, le pregunta Coral.

“¿Mi padre?”

“Tu padre. ¿Cómo está?”

¿Su padre? ¿De dónde conoce Coral a su padre?

“La última vez que hablamos había estado con una neumonía bastante fuerte”, dice Coral.

“¿Estás en contacto con mi papá?”

“No, no mucho. Una tarjeta para las fiestas, ese tipo de cosas. Es un hombre muy amable”.

“¿De verdad? No, quiero decir, sí, claro, es un hombre muy amable”.

“Y también muy buena compañía. Solíamos divertirnos un montón en aquellos años, cuando todavía eras muy pequeña como para viajar sola y él te llevaba a ver a tu mamá. Por supuesto, en esos tiempos, él y yo no estábamos de acuerdo en muchísimas cosas, siempre pensé que era un hombre un poco ingenuo, ¿sabes?, un idealista vulnerable a cualquier tipo de propaganda. Pero ahora que han convertido el país en esta cloaca, veo las cosas de una manera muy diferente. En todo caso, siempre fue alguien muy alegre, muy divertido”, suspiró. “Parece que va a ser un invierno terrible, ojalá se haya recuperado bien”.

“Sí”, dice Emma. Sí, le debe una visita. Sí, debería visitarlo pronto.

Zoe Sills carecía prácticamente de educación formal, pero amaba las grandes novelas del pasado, por lo que llegó incluso a nombrar a su hija en honor a Emma, la valiente heroína de Jane Austen. No era extraño encontrarla posada en un diván, envuelta en una suave manta, leyendo. Pero Anton, que era todo un intelectual y unos buenos treinta años mayor que ella, nunca la tomó demasiado en serio.

La verdad es que entre los dos no hubo nunca nada más que la inevitable y por demás genérica atracción entre poder o talento (ambos, en el caso de Anton) y belleza. A Anton le importaban más sus películas que cualquier simple ser humano, y tal vez, al elegir a Zoe para protagonizar Chamaleon junto a Duncan MacGregor, fue demasiado arrogante —o demasiado egocéntrico— como para advertir lo que inevitablemente iba a pasar. Pero si en la vida real fue incapaz de ver lo que ocurría frente a sus narices, no le quedó más remedio que enfrentarlo cara a cara en la sala de proyecciones, una noche fatídica, mientras contemplaba las tomas filmadas ese mismo día.

Estaban todos sentados en la sala: Anton, la continuista, Zoe, Duncan, Ruffle Anselm, que había sido el diseñador del vestuario y, por supuesto, Kurt Schoenfeld, el famoso director de fotografía que siempre trabajaba con Anton. Y en el aire flotaba esa inculcable excitación nerviosa que siempre aparece cuando la gente del mundo del cine está a punto de descubrir qué es lo que la cámara ha registrado durante el día.

Las primeras dos escenas eran simples: Zoe caminando solitaria bajo las hojas a la hora del crepúsculo. No eran más que fragmentos de metraje sin editar, pero así en crudo como estaban, se volvía evidente que las escenas, claramente ominosas, habían sido todo un éxito. Uno podía ver cómo, sobre la perfecta cara de Zoe se dibujaba cada sensación, cada pensamiento.

Mientras las imágenes se proyectaban frente a ellos, la mano de Zoe se posó sobre el apoyabrazos de la silla de Anton, como si quisiera tocarlo, hacer contacto con él, como si buscara su aprobación. Pero las manos de Anton estaban ocupadas con un lápiz y un bloc de papel sobre el que tomaba notas, y todas y cada una de las fibras de su ser se centraban en la pantalla. Duncan McGregor estaba sentado justo un poco más allá, hacia un costado, frente a Zoe.

La tercera escena, la gran escena del día, era la más larga y la más compleja. Se habían filmado varias tomas. Era la famosa escena en la que el personaje de Zoe se detiene por primera vez a mirar al desconocido personificado por McGregor. Él se encuentra parcialmente oculto detrás de unos árboles, haciendo algo, y solo después de un rato podemos ver, al mismo tiempo que Zoe, que se encuentra cavando un pozo en la tierra. Su camisa yace a sus pies, toda arrugada; un perro perturbado salta a su alrededor e intenta mordisquearlo. Si Zoe sigue caminando entrará en su campo visual. Ella se detiene, petrificada, para mirar. La intensidad que él proyecta es aterradora pero fascinante.

Pequeñas cosas habían salido mal en cada una de las primeras y muchas tomas. Zoe se tropieza y luego no aguanta la risa; la pala se resbala de sus manos y MacGregor deja escapar un insulto; el perro se distrae y deambula fuera de cuadro; Zoe reprime visiblemente un estornudo; un helicóptero cruza por el cielo, y así. “¡Toma ocho!”. “Toma nueve”. “¡Toma diez!”.

En cada nueva toma, a los actores se los percibe más tensos y menos naturales. En la sala de proyección todos están al borde de un ataque de nervios. Incluso si se pudiera agregar un día extra al presupuesto para rodar de nuevo la escena, el perro ya tenía otro compromiso. Zoe suspiró a un volumen notablemente audible, como si quisiera con ese gesto hacer explícita y, por lo

tanto, difuminar, la ansiedad general que los sobrevolaba, pero ninguno de los presentes respondió.

Luego la toma trece, la toma final, logró contar toda la historia. Pero la película siguió corriendo después de que Anton gritara “corte”, y en esos pocos segundos, los reunidos en la sala de proyecciones fueron testigos de cómo los dos espléndidos y magnéticos actores se relajaban y reían, sabiendo que por fin habían logrado una toma completamente perfecta. Y después, en el titular de los últimos cuadros antes del final de la cinta, pudieron ver cómo sus miradas se encontraban, se fundían, se incendiaban.

El silencio en la sala de proyecciones fue completo. Ni Zoe ni McGregor movieron un solo músculo. Debieron pasar como mínimo cincuenta segundos antes de que Anton hablara. “Veámosla de nuevo, por favor”, dijo. Su voz no se había inmutado en lo más mínimo, pero su tono era escalofriante. “Déjenme ver una vez más la toma trece”, dijo.

“De verdad que no me acuerdo de eso”, dice Duncan. “¿No fue después de que se estrenara *Chameleon* que tu madre y yo empezamos a salir?”, mira a Emma como pidiéndole confirmación, pero ¿cómo podría saber ella algo como eso?

¿Y cómo podría saberlo Clement Rose? No cabe la menor duda de que Clement, que cuando se filmó *Chameleon* no debía tener más que cinco o seis años, esa noche tampoco estaba en la sala de proyecciones. Probablemente nunca lo estuvo.

Duncan frunce el ceño.

“Sí, estoy casi seguro de que fue después”, dice. “No creo que Zoe y yo nos prestáramos mucha atención hasta la época de *Splice*, más o menos. Y de todos modos, para entonces ella y Anton ya se habían separado”.

¿Cómo podría alguien saber lo que sea sobre alguien más?

Emma suspira y, como si estuviera quitándose de encima una hebra más de la deshilachada red que desde Adán y Eva se estira y se raja entre las dos pequeñas figuras continuamente repuestas a lo largo y ancho de la superficie terrestre, se sacude de la manga un pelo oscuro.

“¿No es increíble?”, dice Luther mientras, a toda prisa, el camarero deja frente a unos y otros los inmensos platos con el desayuno. “¡Llegamos a vivir lo suficiente como para ver a los huevos volverse de nuevo saludables y recomendados por nutricionistas!”

“Y todos esos años en que no se los consideraba más que veneno”, dice Duncan.

“Lo recuerdo perfectamente”, dice Coral. “Se suponía que había que salir corriendo ni bien aparecía uno”.

“¿Y qué opinamos de esta salsa sobre los huevos benedictinos?”, dice Luther. “¿También la podemos considerar saludable ahora? ¿Y a la tira de panceta frita?”

“No te preocupes, ya estamos demasiado viejos como para que un pedazo de panceta pueda matarnos”, dice Roman.

“Invité al Ratoncito para que venga a jugar, por favor trátalo bien, hijita, ¿sí? Me parece que está enamorado de ti”.

Así es: Zoe convenció a Clement “el Ratoncito” para que fuera a su casa a jugar con Emma. O, tal como él pareció interpretar su función, a mangonear a Emma y tenerla de aquí para allá. El Ratoncito escarba y se encoge de miedo, aunque no debía tener —no debe tener— más que dos o tres años más que ella, una diferencia significativa en esa época. Pobre Ratoncito, matón por naturaleza, esa fue, probablemente, la primera oportunidad que tuvo de mangonear a alguien.

¡Y ese pelo! Un pelo sin el más mínimo color, como esos hilos de papel con los que a veces separan las peras en la verdulería. Y las uñas

mordidas, y su pequeña cara triste como un nudo en un cordel sucio... ¡Ah! ¡Y el vestido que tenía puesto la madre de ella, salpicado de bonitas flores rosas...!

Leche y galletitas; el mantel blanco sobre la delicada mesa del té, el blanco destello de la leche y del plato de porcelana, los dos casi igual de fluidos bajo todos esos rayos de sol, las manos sucias del Ratoncito con sus rasguños y sus vendas, el brillo hipnótico del océano, un florero con peonías, las galletitas, el césped recién cortado...

Dos perros callejeros, sentados uno a cada lado de la mesa, preguntándose qué diablos se supone que deben hacer. Ahí está la leche, ahí están las galletitas. Este momento, siempre este momento, el eterno umbral... y todo ese prepararse: aprender a caminar, aprender a hablar, cómo leer la hora en las agujas del reloj, cómo atarse los cordones, aprender sobre las estrellas y los continentes y los dinosaurios, y ahora ella y el Ratoncito sentados uno frente al otro.

Así que uno nace, ¿y después? Afuera reluce el océano. Desde aquí todo es ancho y vacío, no se puede ver dónde el agua se confunde con el cielo, no se puede ver qué está escrito en la tenue página de aire. Las magníficas salvas del sol anuncian el nacimiento de cada día y anuncian también su final... y una por una, irre recuperables y sin precedentes, las páginas escritas son reveladas para luego, enseguida, descartarse. Ratoncito mira fijamente una galletita, después estira la mano y la coge.

Para el momento en que llegué a California, Zoe y Anton ya se encontraban nuevamente en buenos términos y, aunque ella había dejado a Anton por Duncan McGregor unos pocos años antes, usualmente la veía en la casa de mi abuelo. Zoe había hecho venir a su pequeña hija, Emma, que hasta entonces vivía en Nueva York con su padre mentalmente inestable, y así, al fin, madre e hija pudieron reunirse con McGregor formando algo que al menos

se parecía a una familia de verdad. Emma era una niña tímida, envarada y un poco torpe, nada que ver con la entusiasta y alegre Zoe.

Nadie que haya visto en persona el resplandor que irradiaba Zoe Sills podría olvidarlo. En persona era incluso mucho más bella de lo que parecía en pantalla. Y era en verdad tan etérea que yo, a mis diez años y con toda la seriedad del mundo, casi creía que era de verdad un hada.

Desde la primera vez que la vi, me imaginé a mí mismo haciendo algo arriesgado, recolectar rosas del jardín de mi abuelo para hacerle un ramo, por ejemplo, como si yo fuera un caballero medieval con una armadura. Así que imaginen mi sorpresa cuando ella se acercó a mí —¡un niño de diez años!— y me invitó a la suntuosa y exquisita casa con vista al océano que en esa época compartía con McGregor.

¡Su padre alguien mentalmente inestable! ¿De dónde demonios sacó Clement algo como eso? Aparentemente, de la misma despensa atestada de productos de segunda línea —su imaginación— donde abundaban los caballeros andantes rechinando por el jardín y tambaleándose bajo el peso de una armadura de cien kilos solo para cortar un ramo de rosas.

Además, Anton *odiaba* las rosas. De hecho, tal como Emma lo recuerda, era bastante quisquilloso y solo quería que en su jardín se cultivaran flores silvestres. Si una rosa hubiera llegado alguna vez a traspasar sus murallas, al jardinero no le hubiera quedado más remedio que atravesarse el vientre con su maldita lanza medieval.

Algo no andaba bien en Nueva York. El alquiler había subido demasiado, había dicho su padre. Se mudaron a vivir con Sandi y Emma tuvo que compartir el cuarto con dos niños pequeños hasta que su padre pudo encontrar un nuevo apartamento. Sandi era buena y cariñosa, pero en el televisor no aparecían más que soldados atrapados con explosivos en la selva y gente que moría y moría, pero no como en una película, sino todo el tiempo, porque no había final, y su padre no podía dejar de mirar. ¿Qué están haciendo? Él se limitaba a hacer un gesto de negación con la cabeza.

Ella ya era lo suficientemente mayor como para volar sola por primera vez. Sí, ahora lo recuerda: viajar sola en avión. Su padre le había dejado elegir una pequeña maleta. Las reconfortantes superficies conocidas del avión, sus asientos y los apoyabrazos abatibles, aterrizar en el aire frondoso de California, los atardeceres resplandeciendo en el borde desmechado de las palmeras, el vestido rosa de Zoe, días vacíos, leche y galletitas...

Había una bicicleta. Algunas veces ella pedaleaba hasta la casa de Anton, donde antes, cuando era más pequeña, solía quedarse, pero su viejo amigo ahora estaba trabajando en una película. Flora, el ama de llaves, la acompañaba en su visita y la dejaba deambular por los cuartos llenos de sol, al mismo tiempo tan y tan poco familiares. Hola, casa. ¿Se acordaría de ella?

Y después, el día que encontró a un niño con el pelo sin color y las rodillas raspadas de pie junto a la puerta y Emma frenó su bicicleta y se miraron uno al otro y ella giró y volvió pedaleando a la casa de Zoe.

Y el día —debe haber sido antes— en que Zoe la llevó de compras. Iban a salir todos a cenar afuera, Emma, Zoe y Duncan, y ¿por qué Emma no había traído ningún vestido de fiesta?, dijo Zoe. “Cierra esa boca, querida, o te vas a tragar una mosca. Necesitas algo bonito para esta noche. ¿En qué estaba pensando el delirante de tu padre cuando te hizo la maleta?”

Fueron a una tienda y la mujer que atendía abrazó a Zoe y Zoe eligió un par de vestidos. Había uno de algodón blanco. “Mirad qué precioso este *broderie*, por favor”, dijo la mujer, y cuando Emma se lo probó la mujer casi se pone a llorar, dijo, porque Emma parecía una princesa. Emma miró a Zoe.

Zoe lo consideró apenas un momento y asintió. “Está bien”, dijo. “Y tenemos que hacer algo con tu pelo, hija mía, pero eso tendrá que esperar hasta que pueda llevarte a ver a Philippe”. ¿*Broderie*? “Estos agujeritos”, dijo Zoe y señaló los agujeritos en forma de ojal que hacían que el vestido pareciera que flotaba.

Después, debe haber sido después, pero esa misma tarde, Emma salió un rato con la bici y cuando volvió a la casa se encontró a Zoe pegando gritos y portazos. “¡Serena Lassiter! ¿No es increíble? Serena Lassiter, ¡que chica más repugnante! ¡Y esta ya es la segunda vez! ¡La segunda! Eso no es para nada actuar, es como si fuera un mimo. ¡Se la veía venir! ¡Claro que sí!”

Duncan se mantenía oscuramente silencioso y Zoe embutió con brusquedad a Emma dentro del delicado vestido nuevo. “¡Serena Lassiter no parece ni siquiera una semana más joven que yo!”. Zoe no estaba de humor como para salir, había cambiado de idea, ya lo había decidido. ¿Para qué quería ver a toda esa gente? Pero Emma y Duncan tenían que ir. Ella, en cambio, necesitaba cierta privacidad, por favor, necesitaba estar tranquila y en silencio.

Fue realmente complicado sentarse en el coche sin arrugar su vestido nuevo. Duncan le dijo que no se preocupara. Cuando llegaron al restaurante, se bajaron del coche y un hombre en uniforme se subió y ocupó el asiento del conductor. Duncan dio toda la vuelta para ayudarla a bajar. Dentro había alfombras y velas, y un suave repiqueteo de cristales, risas, cubiertos de plata, platos de porcelana. Las palmeras se mecían lentamente y entremezclaban sus delicadas hojas detrás de las ventanas altas.

En casa, Zoe estaba probablemente llorando, pero tal vez lo mejor era no recordárselo a Duncan. Él estaba feliz, y era el más guapo de todos los presentes. La dejó probar un sorbito de su bebida. A ella, los camareros le traían cosas especiales y le hablaban con ternura, como si no faltara nada para que ascendiera al trono.

¡Si tan solo pudiera sacar una fotografía para enseñársela a su padre! Se preguntaba si habría alguna postal por algún lado, pero no se lo podía decir a Duncan. Aunque con su padre nunca se sabía. A veces las cosas demasiado bonitas no le gustaban. Están corrompidas, decía.

“¿Recuerdas esa foto de Zoe en la obra de mi padre?”, Emma le pregunta a Coral.

“¿Qué? No. ¿Qué obra? Ah, cierto. Me había olvidado de que tu padre escribía teatro”.

“Solía hacerlo”, dice Emma. “Hasta que se dio por vencido”.

“Me acuerdo de esa foto”, dice Duncan. “La tuvo un montón de tiempo colgada en una de sus paredes ¿no?”.

“A dónde habrá ido a parar”, dice Emma.

“Estaba tan joven ahí ...”, dice Duncan.

“Debe haber sido al principio de los sesenta”, dice Emma. “Zoe estaba en segundo año de la universidad”. Su padre de pie triunfal sobre el escenario, frente a una multitud. Todavía tiene el pelo oscuro perfectamente cortado y lleva una camisa blanca muy formal, pero tiene el puño en alto y las caras jóvenes que lo miran parecen extasiadas con él. De pie a su lado, ingenua, apenas sonrojada, rodeada por un aura de felicidad y todavía sin signos del embarazo que ya porta, está Zoe. “En realidad, yo también estoy en esa foto”, dice Emma.

La foto fue hecha al terminar la primera función de *Emma en el Nuevo Mundo*, una obra escrita por el padre de Emma sobre lo que

imaginaba que pasaba por la cabeza de Emma Goldman mientras la enjuiciaban por incitar una revuelta.

“¿Zoe hacía de Emma *Goldman*?”, pregunta Coral.

“Debe haber estado excelente como Emma Goldman”, comenta Luther.

“No me cabe ninguna duda”, dice Roman.

“Tu madre podía hacer lo que quisiera”, dice Luther. “Podía interpretar cualquier papel. Y podía volver creíble hasta el cliché más vacío, inconsistente y sin sentido”.

Sí, ahí estaba su madre, repanchingada en un sofá, sin una gota de maquillaje, como si con el rostro descubierto pudiera absorber mejor un papel, hora tras hora estudiando sus guiones.

“Era como si siempre creyera que había una persona real atrapada entre las palabras, no importaba qué tan hueco fuera el personaje”, dice Duncan. “Como si siempre estuviera rescatando a alguien perdido o encarcelado ahí dentro”.

“Nunca recibió el reconocimiento que en verdad se merecía”, dice Luther. “La gente solo hablaba de su belleza”.

“Bueno, bueno, suficiente”, dice Coral. “Zoe era realmente extraordinaria, todos lo sabemos. ¡Pero Emma Goldman! Para empezar, Zoe era muchísimo más guapa”. Y entonces todos, hasta Emma, se permiten reír.

Duncan McGregor le debe su reputación como actor pura y únicamente a su apariencia. Si uno analiza sus actuaciones, puede darse cuenta de que, en su mayoría, consisten solo en quedarse de pie y estar quieto. En el cine ha representado a nueve senadores, siete de los cuales son personajes ficticios, y a tres congresistas. A eso hay que agregarle otros dos miembros del Congreso en sus

actuaciones teatrales. De todos ellos, solo uno era corrupto: un porcentaje muy poco probable.

Fue solo después de que Anton volviera a Europa, a mediados de los años ochenta, que la lucrativa pero muy poco arriesgada carrera de McGregor comenzó a prosperar. A otros que habían trabajado regularmente con Anton no les fue tan bien. Algunos de los que habían salido en sus primeras películas, como Peter Lofgren y Tara Foley, ya habían fallecido. Y una nueva camada de directores, hombres mucho más jóvenes, dominaban ahora la imaginación del público; notablemente, Kenneth Pell y Rick Heaton. Estos nuevos directores fueron profundamente influenciados por Anton, aprendieron de él, copiaron sus trucos, lo reverenciaban, y el público abandonó a Anton para correr detrás de ellos.

Así y todo, ningún otro director parecía capaz de usar a sus actores de manera tan efectiva. Y sus actuaciones durante ese período, las de Kaminsky en particular —un actor realmente maleable—, son poco convincentes, o incluso tienen un problema de casting. Hacía tiempo que Zoe Sills estaba demasiado mayor como para seguir haciendo de ingenua, Pansy Resnik aceptó una serie de nimios papeles en películas de clase B, y Coral Durance (quien, ya desde sus días de cercanía a Anton, se rumoreaba que había sido una vieja rival de Zoe) desertó con rumbo a Nueva York a trabajar en el teatro, medio para el cual originalmente se había formado. Roman Karsk, cuyas actuaciones nunca fueron más allá de su sólida apariencia de hombre trabajador, desapareció completamente.

“Coral, ¿te molesta si te hago una pregunta?”, dice Emma.

“Emma, querida, ya lo estás haciendo”.

“¿De verdad tuviste algo con Anton?”.

“Puede que esa pregunta sí me moleste”.

“¿Así que sí tuviste una aventura con Anton?”, dice Roman.

“Por supuesto que no”, dice Coral.

“Doy por supuesto que nunca le mentirías a alguien como yo”, dice Roman.

“Por supuesto que no”, dice de nuevo Coral. “Pero tal vez sí le mentiría a una persona como Emma”.

“¡No te lo puedo creer!” dice Roman.

“Es solo un chiste, nada más”, dice Coral.

“¿Vosotros dos?”, Emma les pregunta a Coral y a Roman con los ojos abiertos de asombro.

“Por supuesto que no”, responden los dos al unísono.

Bueno, en fin, quién es Emma para juzgarlos.

Estaban todos de acuerdo: mucho de lo dicho en el libro sobre los primeros años de Anton era probablemente cierto, o por lo menos son cosas sobre las que Rouse podría haber tenido una versión de primera mano, aunque fuera a través de su madre, si no es que Anton mismo se las había contado. Zoe se había referido más de una vez, cuando Emma era pequeña, a Anton escapándose por un pelo, a su vagabundear y esconderse en el bosque durante la matanza, el hambre que pasó y sus pequeños robos, sus trabajos para los granjeros en los campos helados al amparo de la noche, los sobornos, los pasos acercándose detrás de la puerta, el pasaporte falso...

Y no cabía duda de que en aquel pasado lejano, mucho antes de cualquier otra mujer, estaba la abuela de Clement huyendo en el bote junto a Anton, y que Anton se abrió paso hacia el sol de California ya sin ella, a fuerza de pura voluntad y coraje y cabeza, y que enseguida empezó a trabajar en el mundo del cine.

Anton. La suave sensación de picor de su chaqueta cuando él la levantaba en brazos, ¡su risa! ¿Cómo podía Anton haber desaparecido

de la mente de Emma todo este tiempo? Terriblemente viejo, elegante, remoto, críptico, irónico, quisquilloso... ¡y ese acento que tenía! A ella, cuando era pequeña, le encantaba escucharlo, le parecía como si fuera una especie de lenguaje especial que verbalizaba solo las cosas más importantes.

Y es cierto, no había ningún misterio respecto a qué lo llevó a escapar de Europa. Y si creían en sus palabras, él era el único de su familia que lo había logrado. Por qué había decidido volver, ese era el misterio.

“Después de medio siglo”, dice Duncan, sorprendido.

“Bueno, por ejemplo, mi difunta esposa se rompió una rodilla en un accidente, cuando era niña”, dice Roman. “Y durante el resto de su vida, pudo predecir si iba a cambiar el clima”.

“Él sabía perfectamente lo rápido que se pueden precipitar los acontecimientos”, dice Coral. “La gente siempre dice ‘bueno, es cierto, aquí las cosas tampoco son perfectas, pero por lo menos tenemos estabilidad, nuestros problemas no son grandes problemas’, ese tipo de comentarios. Y lo próximo que escuchas es que están destripando las leyes en el Congreso, que la economía se está viniendo abajo, que hay gente durmiendo en la calle y que todo es culpa de los que se dejan barba o de los que no se dejan barba, o lo que sea...”.

“Y ya no soportaba más la presión de tener que conseguir ganancias”, dice Roman. “Todos esos grandes presupuestos. Estaba harto del *marketing* y harto de tener que reunirse con idiotas y tratar de explicarles qué intentaba hacer. No pudo soportarlo más”. Sin prestar atención, coge el salero y lo sopesa en su mano.

“Sí, pero...”, dice Duncan. “En cualquier caso, esos no son más que el tipo de comentarios que la gente suele hacer. Explicaciones, comentarios de ese tipo”.

“Yo creo que la gente siempre quiere volver a casa”, dice Emma.

“Incluso si nunca tuvieron una”, dice Coral.

“Y también debe haber influido esa otra cosa que ya sabemos”, dice Roman.

“¿Qué otra cosa?”, pregunta Duncan.

“El ahora o nunca”.

Con mucho más grano que brillo, con luz sepia, las películas que Anton terminó filmando en Europa, aunque más abiertamente exigentes, no eran tan distintas de las que había filmado en Estados Unidos. Ahí estaban las pistas engañosas, los espirales de peligro cada vez más estrechos, los pasos que se acercan, vecinos que aparecen sin explicación, reflejos en los espejos, o en charcos, o en vidrios, vistas obstruidas...

Sus películas europeas fueron tan malinterpretadas como lo habían sido sus películas norteamericanas y, por un breve tiempo, fueron igual de populares. Después, el público, tanto en Europa como en Estados Unidos, comenzó a preferir películas más simples, más ruidosas, menos problemáticas.

“Envejecieron muy bien”, dice Duncan. “Justo volví a ver algunas hace un par de semanas. Ya es hora de que sean seriamente reconsideradas”.

“¿En qué andabas tú por ese entonces?”, Luther le pregunta a Roman. “Te perdí el rastro durante esos años”.

“Ah, sí”, dice Roman. “Bueno, de pronto ya no podía soportar *más nada*. Los *castings*, los papeles ridículos, esperar a que te llamaran... Con todo respeto: ¿qué tipo de vida es esa para un hombre adulto? Así que decidí retirarme a cultivar tomates”.

Coral sonríe. “A ver, cuéntame que no me acuerdo: ¿cómo te fue con los tomates?”.

Roman se encoge de hombros y se estira. “¿Quién quiere la vida de un hombre adulto?”, dice.

Totalmente increíble: ochenta y pocos años y coquetean, piensa Emma. Son buenas noticias. O tal vez no...

“Por Dios”, dice Luther. “¿Podéis creer que todo eso terminó siendo un *por aquel entonces*? Por ese momento yo más o menos pensaba que

todo era *ahora*. ¿Os pasó por la cabeza que en algún momento iba a ser un *por aquel entonces*?”

“Yo no necesitaba que se me pasara por la cabeza”, dice Roman. “Yo ya lo sabía”.

“Lo que Luther pregunta es si te pasó, si te terminaste convirtiendo en un *por aquel entonces*”, dice Coral.

“Bueno, obvio que no”, dice Roman. “Por supuesto que no me pasó a mí”.

“¿Vas a comerte esa panceta?”, Luther le pregunta a Duncan.

“Es toda tuya”, dice Duncan.

“¿Por qué no te casas con Duncan?”, Emma recuerda haber preguntado una vez. Estaba de visita. Fue unos pocos años después de que Anton se fuera. Ella y Zoe estaban en un bar que servía unas ensaladas inmensas que a Zoe le encantaban.

“No quiero volver a casarme, querida”, dijo Zoe. “¿Por qué lo haría? Estuve casada con tu padre, con eso ya fue suficiente. Quiero tener independencia, me gusta tener mi propia casa. Duncan y yo somos muy felices de esta manera. Además, así, si algún día él me deja y se va con alguna chica más joven, no voy a tener que pasar por la humillación de ser la esposa vieja y empobrecida”.

No, en realidad no estaban en ese café, piensa Emma. Estaban en la casa de Zoe, porque había una pequeña pila de guiones en la mesa junto al sofá. “No sabes lo que es volverse vieja, querida. Mira toda esa pila, pura basura. Suegras despreciables, tontas metomentodo, gárgolas horribles, gnomos patéticos, perdidas por ahí. Solo en ese montón, hay dos borrachinas postradas en una cama... Muy de vez en cuando aparece algo con una bruja vieja *pero* noble, una intrépida *bruja* vieja, y qué *emocionante*, qué *inspirador* es que, a pesar de su edad avanzada, ella

pueda encontrar todavía un consuelo y un motivo de vivir en, ¿qué?, en no sé, criar jabalíes o algo por el estilo”.

“Tener cuarenta y dos años no es ser vieja”, dijo Emma.

“Treinta y seis, querida. Tal vez en ese paraíso vuestro que sois de la costa oeste, una mujer de mi edad no es considerada tan vieja, pero aquí es como si tuviera mil años. ¡Mil años! ¿Treinta y seis? Por estos lugares la gran noticia es que una mujer *viva* hasta llegar a los treinta y seis. Ayer mismo recibí una llamada para hacer de la madre de Austin Arles, ¡increíble! ¡Austin es cinco años más viejo que yo! No importa, por supuesto que *sí voy* a aceptar el papel. Agregarán arrugas, temblequearé un poco”.

Emma suspiró.

“No es que sea un *gran* papel humillante, claro que no. Es un papel *pequeño* y humillante. Ay, querida. No tienes la menor idea de lo que es envejecer”.

“Si tengo un poco de suerte, ya lo voy a averiguar un día de estos”, dijo Emma.

“No, querida, de verdad. Claro que no importa que los hombres dejen de encontrarte atractiva. Eso no es lo importante. Lo importante de verdad... Lo que en verdad, verdad importa es hacerte un lugar propio en este planeta, tu propio y pequeño lugar. Como para poder hacer tu trabajo. Uno pensaría que nadie puede quitarte eso, pero claro que pueden, por supuesto que *sí*”.

“Zoe, los hombres todavía te encuentran atractiva”.

“¿Por qué no me llamas mamá, querida? Nunca me has llamado mamá, ni siquiera cuando eras una niña. Eras tan dulce, pero nunca me dijiste mamá. Yo sé lo que crees: mi madre es una mujer estúpida, superficial, eso crees. Mi madre solo está deprimida porque ya no se ve como antes y los hombres ya no se sienten atraídos por ella, pero Emma, querida mía, ¡nada de eso es precisamente una sorpresa para mí! No soy una imbécil. En algún momento fui la chica bonita, pero en cuanto empecé a trabajar con Anton pude empezar a hacer cosas

con cierta profundidad. Y ahora lo único que está disponible para mí es la vieja bruja, plana la mires por donde la mires. Incluso si una es lo suficientemente buena como para *ser* la vieja bruja y tiene la fortaleza como para esperar un papel como ese, hay años y años de purgatorio antes de que te dejen hacer ese tipo de papel.

Y lo peor de todo es que una ya no forma parte precisamente de este mundo. Cuando se es joven, todo es sonrisas y abrazos: con tus amigos, incluso con la gente que no te cae bien, con todo el mundo. Pero llega cierto momento, cuando una va envejeciendo, en que empiezas como a flotar un poco sobre la superficie de la tierra. Todos se están despegando de la superficie de la tierra, todos nos vamos alejando y separando unos de otros, ya no puedes abrazarte, estiras los brazos pero ya no llegas a tocar a nadie, y cuando miras para abajo, descubres que lo que pensabas que era el mundo no es más que una especie de envoltorio del mundo, un papel flojo, impreciso, que se va deshaciendo poco a poco, y con él se deshace la imagen del mundo que lleva impresa. El mundo de verdad es donde vive la gente joven”.

“No seas ridícula”, dijo Emma. “No has perdido la figura para nada”.

“No te preocupes, querida. Estoy segura de que cuando tengas mi edad no vas a ser tan tonta como yo”.

“¿Cómo sería si hubieras tenido que pasar tu vida empaquetando carne en una cámara frigorífica?”, preguntó Emma. “¿O qué hubiera pasado si te tocaba vivir en un pueblo minero donde el aire está contaminado y los hombres mueren bajo tierra tratando de extraer del suelo minerales o gas?, ¿eh, *madre*? ¿O si hubieras tenido que levantarte todos los días cuando todavía está oscuro para juntar leña e ir a buscar agua a un arroyito a kilómetros de tu casa? ¿O si alguna de esas grandes plantaciones se hubiera apropiado de tu pequeña granja de subsistencia, o si el banco te hubiese quitado tu casa? ¿Qué habría pasado si hubieras tenido un jefe siempre vigilando que repusieras bien las góndolas o empaquetaras un número mínimo de hamburguesas o que no te equivocaras al hacer el control de calidad de un montón de

camisetas? ¿Y si te hubieran vendido como esclava? ¿Y qué si hubieras tenido que cosechar fruta catorce horas al día y vivieras en una caseta con otras seis personas sin ningún tipo de ciudadanía de ningún país? ¿O si una flota de aviones sobrevolara tu aldea todo el día, todos los días, y dejara caer bombas todo el rato? ¿Qué habría pasado si te hubiera tocado vivir cualquiera de las vidas de la mayoría de la gente de este mundo?”

“Bueno, pero no me ha tocado, querida, ¿o sí? Como todo el mundo, he vivido la vida *que me ha tocado*. A todos nos es asignada la vida de una persona en particular. No podemos elegir. Es cierto que yo he tenido muy buena suerte, lo admito. Y, francamente, querida, me parece que en tu caso pasa exactamente lo mismo. Porque resulta que tampoco trabajas empaquetando carne en una cámara frigorífica. Si no recuerdo mal, acabas de conseguir un puesto de lo más encantador en el Departamento de Parques y Jardines”. La mirada de Zoe fue breve, irritada, definitiva, como si Emma fuera solo un molesto fragmento del pasado del que se estuviera deshaciendo.

Emma recuerda esa mirada. La recuerda perfectamente. Una y otra vez hace que algo dentro de ella se rasgue como el forro de un abrigo viejo.

“En fin”, había dicho Zoe, “lo llevas en la sangre”.

“¿Qué?”, preguntó Emma. “¿Qué cosa llevo en la sangre?”

“Nunca te tendría que haber dejado vivir con ese padre que te tocó en suerte. Es demasiado melancólico y crítico y es un santurrón... Nunca”.

“¡Querida!”, dijo Zoe el día en que Emma le anunció que iba a casarse. “¡Qué emocionante, que maravilloso! Me pone muy feliz. ¿Cuándo te parece que viaje a Nueva York a conocer a tu gentil hombre?”

Emma podía imaginarse a Zoe del otro lado del teléfono, pestañando rápido para no dejar brotar las lágrimas que tan fácilmente producía cuando se lo pedía un guion. “¡Ey!” le dijo, “si el matrimonio te parece algo tan bueno, no te olvides de que a Duncan todavía lo incluyen cada año en esas listas de los solteros más codiciados del mundo”.

“¡Ay, pero por favor! Querida, les voy a organizar una preciosa e inmensa boda”.

“No”, dijo Emma. “Me quiero casar solo por civil, nada más”.

“Quiero que nos casemos en el Registro Civil, sin avisar a nadie”, le dijo luego Emma a Ed.

“Pero, Emma”, dijo él. “¿De verdad podrías negarle ese placer a tu madre?”.

“No quiero una *fiesta*, quiero *casarme*. Para ella no es más que un juego de muñecas”.

Recordándolo ahora, viendo la expresión de agravio en su rostro —otro rostro que parece tan joven desde esta distancia— le parece obvio que Ed creía, básicamente, que se estaba casando con Zoe y no con ella.

Pero, de todos modos, Zoe fue a Nueva York a *ayudarlos*, esa fue la palabra que usó, ayudarlos-a-celebrar, y trajo con ella un montón de regalitos extravagantes, inútiles y puramente ornamentales, que Emma, eventualmente, terminó dejando atrás en el apartamento de Ed, junto con Ed.

La noche anterior a ir al registro, cuando Emma salió del trabajo y llegó al lujoso restaurante donde Zoe los había invitado a cenar, Zoe y Ed ya se habían tomado más de media botella de un vino espléndido y Zoe sorbía el aire por la nariz con suma elegancia, como conteniendo el llanto. Se secó los ojos, también con suma elegancia, y besó a Emma. “Oh, no, no es nada”, le dijo a Ed mientras él tiraba del pañuelo que asomaba triangularmente perfecto del bolsillo delantero de su americana y trataba de secarle las lágrimas.

“¿Qué fue todo eso?”, le preguntó Emma después, cuando ella y Ed volvían a su apartamento.

Él la miró con frialdad, como especulando, como si fuera un adolescente a quien la policía acaba de liberar y poner bajo su custodia. “Es una persona muy sensible. Muy frágil. Es comprensible que esté emocionada en una situación como esta”.

“Es una actriz. Está *representando* una sensibilidad. Está *representando* fragilidad”.

“¿De verdad, Emma? No puedo imaginarme por qué deberías tener siempre la razón”.

“¿Y desde cuándo llevas pañuelos en el bolsillo de la americana?”.

“Bueno”, dijo Ed, “era tu madre, me pareció que tenía que vestirme acorde”.

Y al día siguiente, cuando la querida Sandi, que nunca dejaba que las representaciones de nadie la deslumbraran, ofreció una fiesta para ellos en su pequeño apartamento, Ed se comportó como un gentleman que gentilmente permitía que sus siervos le ofrendaran guirnaldas en una pocilga.

¡Ed y su *carrera*! Una carrera para él, un *trabajo* para ella. ¿Acaso ella no trabajaba como una mula y volvía a casa a limpiar y cocinar? Bueno, ¿cómo podría él haber cocinado o limpiado? Él tenía una *carrera* que atender, no como ella, que tenía un *trabajo*.

Y ocho años después, cuando le confesó que ella y Ed tenían serios problemas y que ella estaba viéndose con alguien que había conocido, un amorío entre la Alcaldía y el Departamento de Parques y Jardines –un hombre dinámico, osado, astuto y encantador–, Zoe solo alzó las cejas. “¿De verdad?”, preguntó. “Ya veo”.

Emma no había utilizado las palabras *buen mozo* ni *casado*, pero Zoe enseguida se había dado cuenta de qué se trataba. “Bueno, lo siento

mucho, querida, pero no creo que falte demasiado para que te despiertes y empieces a preguntarte qué fue lo que te pasó”.

Por supuesto, Zoe tenía razón. ¿Cómo había podido Emma ser tan tonta? “Dinámico, osado, astuto y encantador”. Emma se retuerce de dolor; de verdad usó exactamente esas palabras, cree. Y tuvo que pasar un buen tiempo —bastante tiempo, de hecho, después de que Avery la dejara por otra mujer— para que el halo de excitación que le producía pensar en él terminara de disiparse.

Para entonces, por supuesto, del matrimonio de Emma no quedaban más que escombros. En fin, ¿esa pareja nunca había sido más que una pila de escombros! ¿Cómo, solo por desmoronarse, podían haberse vuelto más escombros los escombros? “Querida, ¿por qué estás en tu casa un sábado a la noche?”. Zoe aparentemente había llamado solo para averiguarlo. “Eres una mujer joven y atractiva, deberías salir y divertirte un poco”.

Y cuando de tanto en tanto Emma se cruza con Avery, como inevitablemente pasa, en eventos como el de anoche, eventos a los que ella más o menos tiene que asistir sí o sí, eventos donde las alianzas se forman, se dañan o se refuerzan, eventos que son más competiciones que cenas —¿quién ha sobrevivido, quién ha caído en desgracia, el estatus de quién despierta envidia, el de quién piedad?, ¿quién se ha comprado una nueva casa, quién tiene una nueva mujer?—, ella no siente otra cosa más que una furia apagada, sin brillo: cuando algo es injusto, vuelve a ser injusto cada vez, solo porque no hay nada que uno pueda hacer para que se haga justicia.

Con cuánta facilidad Avery le había presentado, la noche anterior, a una mujer jovencísima, preciosa, laqueada de un brillo lustroso, impermeable: su nueva esposa.

Bueno, se terminó, caso cerrado, se dijo a sí misma esta mañana. ¡Como si algo alguna vez pudiera terminar de cerrarse y estar terminado! Y cómo le gustaría a ella pasarse la mañana en la cama durmiendo, aunque fuera un poco. Pero no, no puede, tiene que levantarse para ir al encuentro de los amigos de Zoe. Y ahí está ella ahora solo porque Clement Rouse se ha dedicado a alterar algunas pequeñas partes del pasado: le ha sacado el candado a ciertas puertas y desde allí dentro ha brincado sobre ella este día tan altamente improbable.

Hubo un momento en que Zoe dejó de llamar. Un alivio, por cierto tiempo, pero después, enseguida, una preocupación. Emma se comunicó con Duncan; en esa época, él pasaba la mayor parte del tiempo en su casa de Idaho, aunque seguía en contacto diario con Zoe. Él también estaba preocupado; Zoe parecía ansiosa, distraída.

Emma viajó a verla. “Zoe, ¿estás comiendo?”, le preguntó. “Te veo demasiado flaca, ¿estás bien?”

“Estoy bien, querida mía. Es solo como si no tuviera suficiente energía. Y me pone triste haberme perdido tantas cosas en la vida”.

“¿De qué estás hablando? Has tenido una vida llena de cosas”.

“Sí, en algún momento supongo que sí. ¿Pero qué tengo ahora?”

“Bueno... todavía te ofrecen papeles, todavía...”

“Muy pocos”, asintió Zoe. “Apenas me los ofrecen, y todos son absolutamente despreciables”.

“Tienes... bueno, me tienes a mí”.

Zoe la había mirado con ojos vacíos.

“¿Yo?”, dijo Emma. “¿Te acuerdas de mí? ¿Tu hija?”

“Ay, cómo me hubiera gustado tener un montón de hijos”.

“A mí también”.

“Bueno, querida, no es demasiado tarde. Si solo consiguieras un buen hombre para casarte...”

“No, quería decir que a mí también me hubiera gustado que...”.

“Uno que por lo menos no esté ya casado. Eras tan preciosa. De verdad debería haber tenido más hijos. Me perdí *tantas* cosas. ¡Nunca leí *Guerra y paz!*”.

“Mañana mismo te consigo una copia, Zoe”.

“He leído tan poco. Siempre tantos guiones sobre la mesa... nunca he tenido tiempo. Cómo me hubiera gustado leer *Guerra y paz*, cómo me hubiera gustado leer *Oliver Twist*, y *Moby Dick*, y *Orgullo y prejuicio*, todos esos libros tan maravillosos”.

“Zoe, ¿has ido al médico últimamente?”.

“¿Por qué debería ir al médico? No me pasa nada malo. Solo lamento no haber hecho más cosas en mi vida. Emma, yo casi no he viajado”.

“Es imposible hacerlo todo. Nadie puede hacerlo todo. Zoe, has trabajado mucho. Es imposible trabajar tanto y al mismo tiempo tener una vida perfecta en casa y salir de viaje cada vez que uno quiera”.

“Debería haber viajado, por lo menos. ¿No es un desperdicio morirse sin haber visto la Alhambra? ¿O el Taj Mahal?”.

“¿Un desperdicio de qué? Zoe, ¿estás tomando algún tipo de pastillas? Porque si las estás tomando, no están haciendo el efecto que deberían”.

“¿Cuánto planeas quedarte, querida?”.

“Por qué no haces ya mismo una maleta y llamas por teléfono y te compras un pasaje a la India? Yo te acompaño. Podemos ver el Taj Mahal *esta* semana. Podemos visitar el Taj Mahal juntas”.

“Gracias por ofrecerte, querida, es un gesto precioso. Lamento morir un día sin haber visto el Taj Mahal, pero la verdad es que en este momento no podría”.

“¿Qué estás diciendo, Zoe? ¡Debes dejar ya mismo de tomar lo que sea que estás tomando e ir a visitar el Taj Mahal! Mientras tanto, ¿por qué no llamas a alguien, a alguno de tus amigos?”, le rogó Emma. “¿Por qué no llamas a Duncan? Tiene ganas de verte”.

“Él no tiene nada de ganas de verme, querida”, dijo Zoe.

“Estoy segura de que sí. También Coral, hablé con ella. Y Luther, y Greta, y Austin, y Roman. Todos tienen ganas de verte”.

“Ellos no quieren verme, de verdad”.

“Te digo que sí. Todos quieren verte”.

“Yo no quiero verlos”.

“Zoe, por favor... Mamá”.

“Me gustaría ver a Anton”.

“Anton falleció, mamá. Lo siento mucho. ¿No lo recordabas?”. El corazón de Emma había empezado a golpear en su pecho. “Anton volvió a Europa y murió allá hace unos años”.

Zoe cerró los ojos y se recostó en el sillón. Emma se levantó y fue a sentarse junto a ella, le cogió la mano.

“¿Intento conseguir un par de billetes a la India?”.

Zoe dejó escapar una pequeña carcajada.

“¿Para qué? Solo déjame estirar un poco y anhelar ver el Taj Mahal. De verdad, Emma, cuando uno se muere, no tiene la menor idea de si ha visitado el Taj Mahal o no”.

Esta particular generación de actores norteamericanos tuvo suerte. Vivieron con riqueza bajo los suaves rayos del sol de California y filmaron algunas películas realmente notables. Ahora, en cambio, la industria ha sido destruida por los avances digitales y las nuevas tendencias de la economía global. Los mayores impulsos creativos se encuentran en las películas independientes de bajo presupuesto o en la televisión, y su epicentro, en gran parte, se ha movido hacia la costa este. La soleada pérgola bajo la que toda esta gente vivió y encontró refugio hace tiempo ha desaparecido por completo.

Pero todavía queda la televisión, y las películas independientes y, para aquellos que se han formado de manera acorde, el teatro. Y es por eso que muchos de los actores de Anton han tenido que

dejar atrás el confort californiano y, para poder pasar sus últimos años haciendo lo único que alguna vez supieron hacer, resignarse al duro clima de Nueva York.

Coral Durance, a pesar de sus dos reemplazos de cadera y una dependencia de por vida a los medicamentos para el dolor, tuvo un gran éxito en los escenarios de Broadway en el papel de la sabia abuela de Harvest Day. Roman Karsk todavía puede ser visto interpretando a un mafioso temporada tras temporada de Tarantella. Luther Kamisky regresó a las pantallas en el sorpresivo éxito Potluck —película que logró sacarle provecho a la amplitud de su estilo— y desde entonces mantiene tanto un apartamento en Nueva York como su antigua casa en Hollywood Hills, y suele ser visto en alfombras rojas y eventos de moda. Después de la muerte de Zoe, Duncan McGregor abandonó su autoimpuesto exilio en Idaho y ahora lleva una tranquila vida de hacendado en su hogar con vistas al Pacífico, donde, es de suponer, pronto terminará sus días.

Cuando ese gran talento, mi abuelo, Anton Pavlak, falleció, me dejó de herencia un precioso escritorio vienés que, me gusta imaginar, alguna vez, mucho antes de que la oscuridad cubriera Europa, había pertenecido a su familia. Él sabía que yo siempre había admirado ese escritorio, incluso cuando era un niño, y tal vez al legármelo pudo imaginarme sentado frente a él, tal como tantos años después iba finalmente a hacerlo, recordando mis tiempos en su casa.

Zoe Sills murió después de una breve y feroz batalla contra el cáncer. Hice un gran esfuerzo para visitarla en sus días finales, pero fracasé. Se había encerrado y no quería ver a nadie, según me confió su asistente, un joven muy apuesto y escurridizo. Es muy probable que él, al trazar una férrea distancia entre ella y aquellos que tanto la quisimos, haya estado tratando de convertirla en algo así como una prisionera, con la esperanza, tal vez,

de heredar su fortuna. Logré, de todos modos, que en uno de mis últimos intentos me alcanzara una nota firmada por la temblorosa mano de Zoe: “Para el querido Clement, no deseo otra cosa más que felicidad en tu vida”. Es para mí una reliquia que atesoraré hasta mi último día en este mundo.

“¿Alguien quiere más café? ¿No? Gracias, estamos bien así”, le dice Roman al camarero.

No tengan miedo, conserven la alegría. Aunque caminen por un valle en sombras... “¿Ustedes creen que Zoe supo que estaba enferma antes de estar ya demasiado débil como para no darse cuenta?”, pregunta Emma.

Duncan afirma con la cabeza. “Yo creo que lo intuía bastante”.

“Sí, claro”, dice Coral. “De otro modo nunca hubiera quemado sus cartas”.

“¿Sus cartas?”, dice Emma.

“¿Sus cartas?”, dice Duncan.

Coral lo mira. “¿Sí?”, dice.

“Es muy extraño”, dice Emma. “No sabía que había cartas suyas. Y Rouse tampoco dice nada sobre eso”.

“¿Y cómo se supone que podría llegar a saber sobre las cartas?”, dice Coral. “Por más que hubiera revuelto hasta el último rincón del chalecito ese donde vivía Zoe al final, no las hubiera podido encontrar. Las quemamos juntas”.

“¿Juntas?”, dice Emma.

Coral se encoge de hombros. “Trevor nos ayudó”.

“Ah, qué buen chico ese Trevor”, dice Duncan. “Así que las cartas...”.

“¿Sabían que ella incluso logró que él heredara algo?”, dice Emma. “Fue muy dulce por su parte. Al final estaba casi en bancarota, pero

dividió lo poco que quedaba entre Trevor y yo, como si fuéramos hermanos”.

“No cabe de duda de que él la cuidó de la mejor manera posible”, dice Luther. “Y toda esa gente reclamando poder verla...”.

Un silencio cubre de pronto la mesa. Emma mira por un momento a los amigos de su madre. Los muchos años que tienen parecen algo tan solo temporal, un temblor y un desenfoco provisional de sus siluetas. Aquí, en la penumbra del restaurante, parecen formas embrionarias todavía borrosas, esperando con paciencia y humildad que nuevos roles, nuevas formas, les sean asignadas. Todos parecen estar pensando, considerando, soñando un poco, flotando a mitad de camino entre la tierra y el paraíso. La mano de Coral se extiende apenas y se abre, como si quisiera coger la mano de alguien más...

“¡Disculpe! ¡Disculpe!”, se escucha gritar, y eso que golpetea el hombro de Emma resulta ser el final de la extremidad de otra persona, una que está sentada en la mesa del lado y que se inclina hacia ellos con su teléfono en la mano. “Disculpe”, dice esta persona, con el final de su extremidad todavía sobre Emma, aparentemente es a Luther a quien llama. “Odio tener que interrumpirlo, me gustaría haber esperado hasta que terminaran, pero ¿lo conozco de algún lado?”.

“Bueno”, dice Luther mientras su cara da lugar a una sonrisa amigable pero arrepentida, “eh...”.

“¡Yo conozco esa voz! ¡Es usted, ¿no es cierto?!”, grita el hombre, como si Luther y él se encontraran en universos diferentes. “¡Espere! ¡No me diga nada! ¿O me equivoco? No, no, estoy seguro, lo conozco. Lo tengo en la punta de la lengua. Bueno, me rindo. ¿Cómo era su nombre?”.

“Emmm, Luther Kam...”.

“¡Eso mismo! ¡Por supuesto! ¡Usted es Luther Kaminsky! ¡Escuchen! Cuando eran pequeños mis hijos eran fanáticos de *Potluck*, nunca me perdonarían si no les llevo una foto. ¡Por Dios! Qué buena que era, qué

graciosa, ¡esa parte en la que usted subía corriendo las escaleras del Empire State en calzoncillos!”

“Eh...”, Luther deja escapar una vaga sonrisa y, mientras se levanta de su silla, se encoge un poco de hombros, como disculpándose con sus distinguidos colegas. “Tal vez más allá”, dice. “Así no molestamos ni estamos tan en el medio...”

Roman y Coral sonríen un poco y miran cómo el camarero les saca una foto a Luther y a su admirador. Luther nunca lo ha negado, la humillación que significó para él filmar *Potluck*, caer tan bajo, pero este desconocido está radiante de alegría. ¿Quién podría no alegrarse por algo como eso?

“Bueno”, Luther regresa a la mesa un poco avergonzado y todos se incorporan, se sacuden las migas, se dirigen hacia el guardarropa.

“Por si no lo sabían, el otoño que viene voy a hacer un *Rey Lear*”, dice Luther con timidez. “Lo dirigirá Horowitz, el miércoles lo anuncian”.

¡Rey Lear! Los otros se alegran instantáneamente. ¡Rey Lear! Te imaginas. Va a ser perfecto, ¿o no? Va a ser el mejor Lear de todos.

“Voy a ser el Lear más viejo que nunca ha existido, de eso no caben duda”, dice Luther.

El restaurante está casi vacío. Se deslizan dentro de sus abrigos, Luther se anuda al cuello su elegante bufanda y en nombre de todos, deja una abundante propina. “¿Qué planes tenéis para esta tarde?”, pregunta.

“¿Yo? Yo pienso dormir una buena siesta”, anuncia Coral. “Y tal vez me tome un buen puñado de esa hermosa medicación para el dolor a la que todos dicen que soy adicta. Ya sabéis, este mundo de pretender todo el tiempo ser otra gente no está para nada mal. Es cada vez más difícil aprenderse los diálogos, pero por los menos *hay* diálogos. Pretender ser otro está bien. Lo que agota es pretender ser uno mismo”.

“A lo mejor algún día podemos ir juntas a visitar a mi padre”, le dice Emma.

“Me encantaría, querida. Es solo cuestión de que nos pongamos de acuerdo...”

“¿Por qué no venís al museo conmigo?” les dice Luther. “Hay una muestra de Goya y dicen que es espléndida. Y el día está precioso, podemos caminar”.

“¿De verdad?”, dice Duncan. “No es mal plan. ¿Alguien más quiere sumarse?”

Frenan un momento en la acera, pestañean en el ancho azul que enceguece.

“Estoy muy contento de haberos visto a todos”, dice Roman, “pero ya quedé con mi bisnieto para llevarlo al cine. Mantengámonos en contacto, ¿sí?”.

“¡Tu bisnieto!”, dice Duncan, y lo felicita con una pequeña reverencia.

“¿Emma?”, dice Luther.

Duncan la coge del brazo. “¿Te dan ganas de venir con nosotros, Emma?”, pregunta.

Pero su voz parece llegar desde muy lejos, desde hace mucho tiempo. *¿Te acuerdas de ese día, piensa, cuando nos juntamos para hablar de ese estúpido libro? Estábamos todos, y nos juntamos y era un día perfecto, un perfecto día de otoño ¿te acuerdas de ese día? ¿está ese día entre tus recuerdos?*

